

## GOBIERNO DE PARTIDO

Hay una verdad, conocida de todos, que á menudo me maravilla: aludo á los terribles resultados que frecuentemente se derivan de causas insignificantes y en apariencia extrañas á ellos. En *The Study of Sociology*, capítulo XXII, indiqué que las ciencias orgánicas y supra-orgánicas ilustran extraordinariamente lo que yo llamo «causación fructificante.» En los fenómenos que estudian, la «multiplicación de los efectos,» vista en general en la *Evolución*, se eleva en grado. Un germen morbosos, introducido en el cuerpo, produce desarreglos, grandes y pequeños, en numerosos órganos; y aunque se recobre la salud, las consecuencias determinan á veces efectos desastrosos que duran todo el resto de la vida. De igual manera, en una sociedad, un simple hecho, como el descubrimiento de unas minas de oro, origina multitud de resultados, irrupción de gente, fundación de ciudades, otro estado social, garitos, desmoralización, con más estos otros efectos indirectos: nuevas fuentes de negocios, nuevas líneas de tráfico, cambios sobrevenidos en el mundo entero en el valor relativo del oro y de las demás cosas.

El caso particular de causación fructificante en que ahora voy á fijarme, se remonta á uno ó dos años antes

de la última elección general. Aunque Sir Guillermo Harcourt fuera un abstinentista total ó se inspirara en el miserable error de que la mayoría tiene derecho ilimitado á coartar la libertad de los individuos, ó pensase que el apoyo de los miembros de las Sociedades de templanza le daría el triunfo en la próxima elección, debió permanecer neutral; pero, por una razón ú otra, la «opción local» fué incluida en el programa de los liberales. Durante un año ó más antes de la elección, comenté á menudo lo impolítico que era provocar en cada cervecería del reino una cruzada en contra. A la inmensa mayoría de los electores, en la ciudad, y mucho más en el campo, no se les importaba un bledo el *Home Rule*, que era ostensiblemente el caballo de batalla; mas, en cambio, les preocupaba grandemente la temida intervención en la venta de la cerveza (1). Cada tabernero urbano tenía interés en denunciar la medida propuesta, y cada tabernero rural, simpatizando con él y recelando que el campo de la intervención se ensanchara, se unía á los denunciadores, mientras los parroquianos de las cervecerías, viéndose expuestos, no sólo á quedarse sin bebida, sino á perder sus puntos de reunión, prestaban benévolo oído á las quejas y se convertían en otros tantos adversarios. De las innumerables consecuencias que se han seguido, permítaseme indicar primeramente las más salientes.

Un hombre ambicioso y de temperamento despótico,

(1) El autor alude á un proyecto de Sir Guillermo Harcourt, por el que se autorizaba á las municipalidades para adoptar medidas contra la venta de las bebidas alcohólicas.—(N. del T.)

que en el gobierno municipal de Birmingham había aprendido á dominar á sus semejantes y que á fuerza de habilidad y de audacia consiguió figurar entre los Ministros, se encargó del departamento de las Colonias. Nadie duda que su deseo de hacer su gusto fué la causa de la guerra sud-africana, que no lleva trazas de concluir. Los resultados han sido, para las dos Repúblicas boers, la pérdida de muchos millares de hombres, la disolución de multitud de familias, la destrucción de sinnúmero de quintas, la suspensión de las actividades industriales y la completa desorganización social; y en lo tocante á nosotros, la muerte de cerca de 25.000 soldados en el campo de batalla y en los hospitales, sin contar 60.000 heridos, muchos de los cuales morirán y otros quedarán inútiles; la extraordinaria agravación de las cargas fiscales por efecto de las contribuciones y de los empréstitos; el detenerse la actividad comercial; el encenderse salvajes pasiones que arrastran al populo á brutales excesos; el haber concitado en contra nuestra los odios de las naciones del continente, lo que influirá en nuestras relaciones internacionales futuras, y la pérdida total del carácter que habían formado en nosotros el amor á la libertad y la simpatía con que mirábamos los esfuerzos que otros hacían para conquistarla. Estos efectos principales se ramifican en todo el reino de diversos modos, produciendo consecuencias complejas, infinitas en número, vastas y heterogéneas por su índole en grado inconcebible; y todo ello se ha originado de un motivo insignificante y completamente inadecuado. Porque si la «opción local» no hubiese puesto sobre sí á los electores, la posible derrota de los liberales, aunque hubiese ocurrido, no habría dado á

sus contrarios una mayoría tan enorme que permitiese hacer á sus jefes cuanto les agradara (1).

Pero, como antes indicamos, otras numerosas series de efectos se han derivado de esta causa, al parecer inaplicable. Sobre tales efectos y la lección moral que de ellos se desprende, quiero llamar más especialmente la atención. Las personas que ocupan el poder, contando con una mayoría abrumadora, han legislado, aun sin curarse de disimularlo, en favor de su propia clase y de las clases que las sostienen. En la ley de presupuestos de 1896 aliviaron en millón y medio á los propietarios territoriales de Inglaterra y de Escocia, echando esta pesada carga sobre otros contribuyentes. En 1897 concedieron un donativo de 800.000 libras anuales á las escuelas confesionales, dándoles ventajas en la competencia que mantienen con las públicas, y aumentando el poder de la Iglesia. En el reparto de la contribución territorial, Irlanda, y en parte considerable los terratenientes irlandeses, recibieron el beneficio de 727.000

(1) Confirma la prueba general de que el cambio de opinión acerca del *Home Rule* no fué la causa de la violenta reacción de partido que presenciamos, la especial que nos proporciona el caso del mismo Sir Guillermo Harcourt. En la elección previa había tenido mayoría en Derby; pero en 1895 fué lanzado de su asiento y un conservador le sustituyó (cosa rara en Derby, que ha elegido casi siempre liberales); después, en las recientes elecciones (1900), cuando la cuestión de la «opción local» había sido positivamente descartada, el conservador fué derrotado por otro liberal. La animosidad contra Sir Guillermo Harcourt como autor de la cruzada de las Sociedades de templanza, difícilmente podría resultar más patente.

libras al año, carga cuyo equivalente recayó sobre el Estado, es decir, sobre los contribuyentes británicos. Todavía más: en 1899, la «Ley de diezmos del Clero» dispuso á 10 ú 11.000 beneficiados de la mitad del impuesto que debían pagar por las rentas que cobraban, repartiendo el gravamen entre toda la comunidad. De modo que, pasando por alto intrusiones menos importantes, el Gobierno ha regalado á sus amigos unos tres millones de libras esterlinas, sacadas indirectamente del bolsillo de la nación en general. El poder otorgado en apoyo de una política especial, ha sido usado por el Ministerio para realizar otra política que no habría obtenido la aprobación de los electores á habérseles consultado.

Pero «¿qué hacer?» se preguntará. «Todos esos males son resultados de nuestro sistema de Gobierno, y necesitamos transigir con ellos. No podemos pasarnos sin partidos. Una mayoría sumisa consentirá necesariamente á sus jefes hacer cosas que contraríen los deseos de sus electores. Sólo con la abolición del Gobierno de partido, lo que nadie cree posible, podría modificarse este perjudicial estado de cosas.»

No me convence la conclusión. Si cada miembro del Parlamento permaneciese fiel á sus convicciones; si se decidiera á votar con sinceridad, no mirando la «lealtad al partido» como una virtud, y anteponiendo la integridad de su opinión á los intereses ministeriales, esas usurpaciones de la voluntad nacional que realizan unos pocos caballeros en Downing Street serían imposibles.

«Mas de esa manera se pondría al Gobierno en constante trance de muerte,» se replicará. «Ningún Minis-

terio ocuparía el poder el espacio de un mes si no contase con cierto número de representantes dispuestos á votar con él, aprueben ó no las medidas propuestas. Los Gobiernos se sucederían sin cesar y la vida pública se detendría.»

Aquí se nos presenta uno de los casos bastante frecuentes en que los hombres, al discutir algún cambio, presumen que, si éste se verifica, no habrá otros simultáneos, cuando lo justo es suponer lo contrario. Si los representantes, ó gran parte de ellos, se resolvieran á no manifestar con sus votos que creen buenas medidas que realmente juzgan malas; y si los Ministros, justamente apoyados en los asuntos importantes, se viesen abandonados en otros de menos entidad y conforme á las prácticas establecidas resignaran sus poderes, y aconteciera lo mismo al nuevo Gabinete, en seguida se reconocería que no es conveniente que un Gobierno, cuya conducta, en lo fundamental, merece la aprobación, deje el puesto porque lo derroten—á menudo si se quiere—en cuestiones accesorias, sobre todo si los disidentes anuncian que su oposición no debe tomarse como signo de desaprobación general. Sólo en los casos de ser los fracasos del Gobierno bastante frecuentes para mostrar que se condenaba su marcha política, procedería que renunciase; en los demás, se limitaría á aceptar la expresión del disgusto que se manifestaba, y en lugar de abandonar el poder retiraría el proyecto no admitido.

Y ahora observemos cuáles serían los resultados generales. No pudiendo ya el Ministerio hacer pasar medidas rechazadas por la oposición y por muchos de sus propios parciales, sólo prosperarían aquellas otras que

mereciesen la aprobación de la mayoría de los representantes de todos los partidos, ó más bien, digámoslo con franqueza, de las fracciones de partidos, con lo que se sobrentiende que probablemente serían del agrado de la mayor parte de los electores. Un Ministerio llamado á regir los destinos públicos para satisfacer un anhelo de la opinión, no podría aplicar el poder que se le había confiado á realizar otros fines que, lejos de responder á los deseos del país, estaban en oposición con ellos. De esta manera, el Ministerio sería verdaderamente lo que implica su nombre: el servidor, en vez de ser, como ahora, el amo; servidor, no del Monarca cual lo era antes, sino del Parlamento y de la nación.

Actualmente, la libertad política de que nos vanagloriamos consiste en la posibilidad de elegir un déspota ó un grupo de oligarcas para sustituirlo, cuando sus repetidos abusos han producido descontento general, con otro déspota ó grupo de oligarcas, habiendo estado mientras tanto sometidos á muchas leyes que repugnamos. Abolid la práctica convencional que se ha impuesto; haced que cada representante del país se persuada de que puede expresar por medio de su voto su opinión contraria á los proyectos ó actos del Gobierno sin atentar á la estabilidad del poder, y el vicioso sistema que denunciarnos caerá por su base. Los cuerpos de electores serán, por conducto de sus elegidos, los verdaderos autores de las leyes bajo las cuales viven.

¿Y si los electores han comprometido á sus representantes á seguir al jefe del partido? Tocamos al fondo de la cuestión. Los vicios políticos tienen su raíz en la naturaleza del pueblo. La posibilidad de encontrar candidatos que doblen la cabeza ante el programa del par-

tido y el deseo de hallarlos, son indicios de un carácter medio no formado aún para el goce de Constituciones realmente libres, sino apto tan sólo para vivir bajo otras en que el despotismo está mitigado de vez en cuando por la libertad. Esta, en su pleno sentido—facultad reconocida á cada uno para desplegar las actividades de la vida, sin más restricciones que el igual derecho de todos á hacer lo mismo,—es entendida por muy pocos. Menudean los ejemplos de ello. Los hombres que toman acciones de una Compañía formada con un fin determinado y que después se creen sujetos por el voto de las dos terceras partes de los accionistas á la realización de otros fines, no comprenden que se atenta contra su derecho; no ven que aquéllos que contratan no están obligados á nada que no se haya convenido, y que por esta causa son víctimas de una injusticia. Los vecinos que eligen su Ayuntamiento para que mantenga el orden en la población y satisfaga otras necesidades locales, y que luego se someten á dar dinero para fines en que no pensaron (como cuando suscriben un empréstito destinado á construir un canal), si la mayoría de los concejales así lo acuerda, demuestran no conocer la naturaleza de la libertad. De igual modo los obreros que, ingresando en una *trade-union*, renuncian á la libertad de contratar por sí y aceptan que sus jefes les digan cuándo han de trabajar y cuándo han de holgar, no tienen sentido exacto del derecho fundamental que posee cada hombre á disponer de sí mismo y de sus facultades como mejor le plazca. Es, pues, natural que aquéllos que representan á electores cuya concepción de la libertad es tan vaga y tan deficiente el sentimiento correlativo, obedezcan sin reparo las órdenes del par-

tido y declaren con sus votos que aprueban cosas que en realidad no aprueban. Por el momento no hay probabilidades de nada mejor, sino de algo peor, porque el movimiento retrógrado que nos impele hacia el tipo social agresivo fortifica inevitablemente la autoridad en lugar de debilitarla.